

## **Un manjar extraordinario.**

por Roberto J. Payró

Gil Pafflard habitaba en Amel, pueblecillo del departamento de Malmedy, incorporado entonces al Imperio Francés y administrado en nombre de Napoleón por el caballero de Périgny, oriundo de Picardía. El burgomaestre de Amel era Herr Schaepen, alemán del Eifel, nacido, por más señas, en Hildesheim, hombre rico pero inculto y tonto, que hablaba apenas el francés y no sabía una palabra de valón.

El caballero de Périgny, por el contrario, lo aprendió en seguida, y desde un principio se acostumbró a intercalar en su francés palabras y hasta frases dialectales. Quería hacerse simpático y este medio le ayudaba en su propósito, pero era colérico, largo de lengua, temerario de juicio, y perdía lo que ganara permitiéndose, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés. tristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo asnal.

Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad. sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión.

Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vith, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaepen lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero

pidiéndole que no hiciese las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él éra de poco comer.

- **Bastará con un plato de carne ... "nin baikó"**, no mucho, en suma – dijo el subprefecto, mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza : *Ya lo sabe usted, señor burgomaestre : ¡ "nin baikó " !*

Schaepen, muy perplejo, comenzó a averiguar el significado de aquellas palabrejas, pero inútilmente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo.

- ¡ No es possible ! – dijo Gil. – ¡ *El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa !*
- ¡ *Bien claro me lo ha dicho y repetido : "Nin baikó"!* – afirmó el burgomaestre.
- ¡ *Es extraordinario ! ... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga Ud, razón, porque M. de Périgny es picardo, y ¡ en Picardía abundan los burros !*
- ¡ *No diga tal del señor subprefecto !* – exclamó Herr Schaepen.
- ¡ *Dios me libre de tratarlo de burro !* – replicó Gil, que parecía caviloso. – *Pero* – dijo por fin – ¡ *bien se comen las de cerdo ! ...*
- ¡ *Explíquese usted, por todos los santos !*

Pafflard consintió : "**Baikó**" se llamaba en Valonia un plato de orejas de cerdo hervidas, cortadas en pedazos y fritas luego en manteca ; solo que "**nin**" venía a convertir las de puerco en

orejas de asno. De ahí su vacilación. ¡ Oh ! – terminó diciendo – *en las ciudades se comen cosas increíbles ...*

- ¡ Caramba ! ... ¡ Si eso le gusta al subprefecto ! ... – murmuró el burgomaestre, que no salía de su asombro.

- Pero, ¿ quién va a permitir que corten las orejas a su asno ?

- Claro que nadie. Y, además, hay que matar al animal para que se desangre, porque de otra manera, el manjar no resulta sabroso – agregó Gil.

- ¡ Caro el platito !

- Según. Porque no es preciso que el burro sea joven ni muy gordo ... Yo tengo precisamente uno que vendería barato. Está algo viejo y despeado, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientemente largas para el "**nin baikó**". Lo daré por seis coronas.

El cándido burgomaestre transó por cinco, el asno fué sacrificado y al día siguiente se aderezaron las orejas según la receta de Gil.

- ¡ Mucho me ha costado procurarme su plato favorito, señor subprefecto ! – dijo el burgomaestre a M. de Périgny, sorprendido, pues no se conocía mayores preferencias gastronómicas. – Pero, sentémonos a la mesa, que ya es hora.

Herr Schaepen tuvo que levantarse varias veces, llamado por la cocinera. La tercera o cuarta vez, el

burgomaestre, muy afligido, explicó :

- *Habrá que tener un poco de paciencia, señor : no quieren acabar de cocerse.*
- *No importa, no importa* – dijo benévolaemente el funcionario echándose al colete una copa de Mosela cosechado en el Luxemburgo ...

Cuando apareció, por fin, el extraordinario manjar y el subprefecto hubo tratado en vano de hincarle el diente :

- *¿ Pero qué demonios es esto ?* – preguntó escamado.
- *¡ Lo habrán preparado mal, pero es lo que Ud me ha pedido. señor subprefecto !*
- *¡ Yo no he pedido semejante cosa ! ¿ De qué animal o de qué zapato son estos horribles pellejos ? ...*
- *Es lo que el señor subprefecto prefiere : ¡ orejas de asno ! Soy incapaz de darle una cosa por otra !*

M. de Périgny comenzó por creer que Schaepen había perdido el juicio ; luego, viendo su espanto, se echó a reír ; después, cuando le dijeron lo ocurrido, se puso furioso y mandó que le llevaran a Pafflard, para interrogarlo y castigarlo.

- *Señor subprefecto* – declaró Gil con cazurra humildad – : *justo es que si nosotros debemos alimentarnos con cardo asnal, ofrezcamos a Vuestra Señoría lo mejor que tenemos : un par de orejas de burro.*

M. de Périgny comprendió, se rió y perdonó.

Roberto J. PAYRO ; « *Un manjar extraordinario* » (in « *Los cuentos populares de Bélgica* », IV) ; in *La Nación* ; 27/01/1924 :

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CUENTOS%20POPULARES%20BELGICA%20NACION%2019240127.jpg>

Otra publicación : 30/03/1924. Ver abajo.

### **Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés :**

Roberto J. Payró ha leído : « *Nouvelles malices de Gilles Pafflard* » (3 historias) in Marcellin LA GARDE ; *Le Val de la Salm* ; Bruxelles ; Vve Parent, et fils ; 1866, XI-489 páginas. El texto que le ha inspirado se titula « *Nin baikô* » y se encuentra en las páginas 191-198. Se trata de la segunda historia de Gil Pafflard según LA GARDE.

Variante de la primera historia de Gil Pafflard (según Roberto J. Payró), un *pícaro* belga, adoptado por Roberto J. Payró, ver : « *Nin baikô* » (pp. 97-100) in *Le meunier de Quarreux et autres légendes d'Ourthe et d'Amblève* (2003) par Frédéric KIESEL :

<http://www.lecerclemedieval.be/legendes/Nin-baiko-curiosite-gastronomique.html>

Al prologar su obra *El Diablo en Bélgica* (cuya edición preparaba poco antes de su fallecimiento), Roberto J. Payró cita (p. 14) a Joseph Defrecheux, Paul Marchot o Auguste Doutrepont, que se interesaban más por dialectología.

Recomendamos el sitio del *Cercle médiéval* ; propone **114** leyendas *en ligne* :

<http://www.lecerclemedieval.be/legendes/menulegendes.html>

Otra iniciativa original :

[http://m.ourthe-ambleve.be/sites/default/files/pdf\\_produits/legendes\\_fr.pdf](http://m.ourthe-ambleve.be/sites/default/files/pdf_produits/legendes_fr.pdf)

Roberto J. PAYRO ; « *El manjar extraordinario* » (« *Cuento popular belga* ») ; in *La Verdad* (suplemento literario) ; Murcia; 30/03/1924 (Año II, N°12), p. 1.

[http://www.archivodemurcia.es/p\\_pandora/cgi-bin/Pandora.exe/19240330\\_verdad\\_de\\_murcia\\_la\\_suplemento\\_literario\\_p\\_001.pdf?LOGPUB=Verdad%20de%20Murcia,%20La.%20Suplemento%20Literario;LOGYEAR=1924;LOGMONTH=03;LOGDAY=30;fn=commandselect;query=sort\\_publication:\(verdad.de.murcia.la.suplemento.literario\)%20AND%20year:1924%20AND%20month:03%20AND%20day:30%20AND%20filename:19240330%20AND%20page:001;command=show\\_pdf;msg\\_pagina=P%C3%A1gina:texto=Verdad%20de%20Murcia,%20La.%20Suplemento%20Literario%20\(Murcia\)%2030-03-1924.%20P%C3%A1gina%201;pagina=1](http://www.archivodemurcia.es/p_pandora/cgi-bin/Pandora.exe/19240330_verdad_de_murcia_la_suplemento_literario_p_001.pdf?LOGPUB=Verdad%20de%20Murcia,%20La.%20Suplemento%20Literario;LOGYEAR=1924;LOGMONTH=03;LOGDAY=30;fn=commandselect;query=sort_publication:(verdad.de.murcia.la.suplemento.literario)%20AND%20year:1924%20AND%20month:03%20AND%20day:30%20AND%20filename:19240330%20AND%20page:001;command=show_pdf;msg_pagina=P%C3%A1gina:texto=Verdad%20de%20Murcia,%20La.%20Suplemento%20Literario%20(Murcia)%2030-03-1924.%20P%C3%A1gina%201;pagina=1)

Gracias a la amable colaboración de la señora María José Hernández Almela de la biblioteca del Archivo Municipal de Murcia pudimos estar seguro que no hay otro texto de Payro entre los ejemplares de *La Verdad*.

*La Verdad* menciona « trad(ucción) de R. J. P. ». No es el caso : Roberto J. Payró volvió a escribir una historia a partir de un original belga de Marcellin LA GARDE.

VIÑETAS FRANCISCANAS PRIMITIVAS

El leñador de Dios

Gustaba Fray Egipto de los más humildes oficios y de administrar a todos, teniendo el eco de Jesús delante. Así que, aun cuando le designasen para las priores en cuanto terminadas las oraciones matutinas, él con su falce y su cercadillo anudado, iba a los huertos y bosques vecinos, harricando por sus troncos árboles que habían sus pies descalzos y amarrados de todo el rocío que las enramadas márgenes, capulvadas del aliofor nocturno, iban fundiendo y evaporando, y humedeciendo de verdes jugos que las plantas tocas y seguras muchas veces exprima, la fimbria deshilachada del hábito remendado color tierra siena. Era su faena predilecta la ramiconda, para llevar luego con bastante a los fogariles del convento, como el arveca pajas para el nido y mientras podaba las ramas esculpas y retorcidas y los secos arbolitos, sus labios carnosos y enroscados se movían en un murmurio que solo entendían los zorzales y las tórtolas ariscas y arrulladoras, desde las altas copas de los cipreses y desde el secundario de los encinos. Una vez enlazó un hilillo rojo al grupo torques de una, que le comía en la mano granitos de espelta.

El precursor de los "Desposorios"

¡Fué la Poesía o la Pintura la que primero dió con la bella ficción epopéyica del Elegido, que luego habían de repetir en otros temas celestiales, con piteces fragantes y el Corregido? El apóstol y sacramento discípulo de Rivo Torio, eco y testigo de los maravillosos, dió en las páginas del «Sarcum Commercium» las divinas cláusulas contractuales del matrimonio místico del Pobrecillo con su «Ducha», y nos copió algo de los suspiros y requiebros tiernísimos que le decía. El ahijado de Camabuz, hizo una encarnación con memoración de idilio y unión tan deocada y célebre, en el peristilo de los cielos. Con la nupcial esplendidez de los harapos, puestas las p'an las sobre los escabiles de espigas que se floridaban en torno a la cabeza dancellil hasta donde muestra, la Pobreza delgada y macilenta, en su belleza resignada, acepta el anillo que el prometido de telar tónico le alargó. Cristo es quien junta las manos de la Beatífica, y es en unos andes casilabos inmortales del «Paradiso», y la dej epifanía y consuma de la erta servilado del «cinquagésimo», cuando el senci Stefano de Giovan pi, pinta el retablo que enoja el Museo Condé, con el que da una interpretación más graciosa y clásica de Renacimiento a la feliz visión de bodas, que tiene y que algo de la ingenua solemnidad de un Juicio de París, sacro ginto y teológico, en el escudero del «Mendigo» con las tres virtudes monásticas: Pobreza, Caridad y Obediencia, poniendo aquel en el dedo hilil de la princesa la corabaga anular y simbólica. Las tres doncellas en blanca teoría huyen después su vuelo a las alturas, como palomas esquivas, peo la Pobreza vuelve al santo los ojos enternecidamente, como una amorada, mientras al fondo el monte Amistada el horizonte con totalidades azulosas de jeremia.

Volvió luego con el haz a la espalda con las ramas finetas que aún pringaban de savia lechosa por el extremo y oían a acres truenos, como miembros raquíticos amputados. Serían pasto del llar, el luego caero tenía para el todos los encantos del recuerdo de su vocación, oyendo las fozceas del manco-hilo de Bernarcone en las veladas invernales de su casa junto al creptor de los troncos de castaño. Pero el sol rubio ponía abrigo, espectral y truenido a fuego, en toda la campiña, y fatiga en el limosnero que le hacía buscar luego el cantavillo coto con que se quiso hroer agador en Brindis y con el que recordo de los regatos el agua más salubre para sus hierros. Entonces, entrando al indigo polo del cielo, y considerándose un Epitafio de la vida en su inocua desolación que le mareaba el seno y le arrebolaba los pómulos casi descarrados, descolgaba el hacedillo, cogía dos varitas y frondoladas como viñetas, cantaba oyendo de roailias:

O mi fratello, o hel fratello o amar fratello, faná en crestello que non abbia pietra e ferro...

La tortollilla selvática del hilillo rojo acudia a posarse en el hueco de la espilla del trazo tocado y zurebas, zurebas, toda celosa e incansable, acompañando el endechar.

"Puebla prerradians"

Ortolana, sencilla y piadosa, sentada junto a la ventana de su casita de Porta Vecchia, con su mantel moceado y suave, como una trinitaria, descambaba, al reposamiento, de su doméstica labor, nostálgica de sus peregrinaciones antiguas. Desde las sencillitas crucifijas, con aquella lambriente avidez con que su boca había tocado las piedras místicas y sagradas de los Santos Lugares, gastadas y lastrosas de descaños de amor, en los días en que la última guerra de los aliados contra el dominio musulmán en la tierra de la Pasión, había dado una tregua para las desolaciones.

En su seno se iba coajando nuevo frato de bendición, y sintió brotar de él como la luz de un fanal que no debía oscurecer el día siguiente, y que ponía en su regazo y en su hábito la misma mancha dorada que centea como un joyel de vellorri oscuro de las trinitarias. Dios le iba diciendo al oído como un hijo en exhortación había de ser «Claridad» para el mundo entero.

Asilo

Es noche negra y encubridora. Bajo la mudez consistida de un cielo mental, por entre las rocas quebradas de las estratificacións del Apennino que miran a la adriática ampliatas escadras desde donde un viento alioado e intermitente hace ulular y estremecerse los pinos copulentes y los abetos añosos de las inmediaciones de Ráscua, al titilar de los astros en vela y al resplandor amarillento de una luz de atenuante que aña la sombra del viajero embobado, el florentino luchador y ahijado, prendido platónico-mente de Beatriz la ciudadela, el perseguido del bando gibelino, con los cabellos nevados, con el perfil rapaz cayendo en mentón paratigado sobre el escudado tronco nobilísimo, llega a un refugio que unos sacos nasurantes adornan en torno del harrillador, y allí, adolando tratamiento Menores, escondido en los repliegues de la adriática montaña, por la que va sin rumbo como por la estiva oscura de su maravillosa alegoría, sin la mano piadosa del mantenido compañero. El humilde ostario dormido, sobrecogido ante los golpes de deshoja, desovió los pesados ceños, hizo arrancar un gárido al quicio herrumbroso y vetusto, y adviniendo con nasal voz solista al preguntado qué deseaba en aquellos instantes y por aquellos parajes, el Dante desdicendo su larga capa regana, molesta del retrete, respondió con una sola y anhelante palabra: «¡Pace!»

POESÍAS

Ma dormiré con los ojos abiertos, por vez primera, no contemplando la mera verdad; que sin trampantojos me convertiré en rubojos, horros de mantel, la miga que tan amable fatiga de mi diente siempre fue, el hambre tendré? No, ¿Pues qué más da que tierno el pan siga?

El universo está aquí, entre el mar y la mano, para suspender en tí su intención de ser lejano. ¿No exalta todo lo otro, oh escudero, en invidial patro tan bravo como frío? Corra, corra por tu alma la tierra, a fuerza de calma. Calma: el cielo por el río.

JORGE GUILLÉN

POEMAS DEL CONTORNO

Es la línea del horizonte han años hemos dispersos tendidos al vendabal del más desatado viento.

Personales, sin embargo, entre las aguas y el cielo, resaldas perpetuamente de mubes que se han deshecho.

II

Como era la sazón del mediodía sobre las firmes rocas de la playa rino una mariposa brava y blanca.

La albuza de su vuelo en el azul herido se destaca igual que entre el tumulto cobra vida feraz toda palabra. Mar y tierra agitáron su línea interminable y la batalla rindió con su equilibrio la suposición magnífica de la credulidad contraria. El silencio anidó este mediodía, un instante no más, sobre la playa, y dió su fruto pleno en esta espuma de mar incorporada a vida nueva, con esta errante llama que, sin querer, recorda para siempre la tradición austera de la gracia. ¡Y la última primera reaparece, en su vuelo sutil, unificada!

PEDRO PÍNDARO, AETCO.

PAISAJE METAFÍSICO

...Era un árbol? Al final de la llanura, árbol sólo en la explanada?... ¿Sarcos?... ¿horizonte?... ¡Nada!... pero ¡si allí no había nada! Era el alma; solo el alma; sola, el alma; una aspiración enfrente levantada... como un árbol... en el todo... ¡limpio y terso... de la Nada.

MANUEL ABRIL.

TRAYECTORIAS

Si somos de barro, ¿para qué ocultarlo? Si tenemos algo que en la noche brille con fulgor clarísimo, ¿para qué decirlo?...

ANTONIO OLIVER BELMAS

UN PINTOR MURCIANO

JOSÉ ALMELA



EL CHICLEO. Cuento presentado por Almela en su reciente exposición de Madrid.

El manjar extraordinario

CUENTO POPULAR BELGA

En Paffard habitaba en Amel, un pueblecillo del departamento de Malmédy, incorporado entonces al Imperio Francés y administrado por el conde de Napoléon por el caballero de Périgny, oriundo de Picardía. El burgomaestre de Amel era Herr Schaeven, alemán de Eifel, nacido, por más señas, en Hildesheim, hombre rico pero incauto y tonto, que hablaba apenas el francés y no sabía una palabra de valón. El caballero de Périgny, por el contrario, lo aprendió en seguida y desde un principio se ocupó de introducir en su francés palabras y hasta frases dialectales. Quería hacerse simpático y este medio le servía para su propósito, pero era colérico, luego de lengua, temerario de juicio, y perdía lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los seres más estúpidos y groseros del Imperio Francés, iristes pollinos que no merecían comer otra cosa que cardo anual. Como no decía semejantes enormidades en el seno de la intimidad, sino públicamente y hasta en las mismas sesiones del Consejo, tuvieron por fuerza que llegar a oídos de Gil, quien se propuso hacérselas pagar en llegando la ocasión. Un día el subprefecto, que andaba en jira administrativa, pasó por Amel dirigiéndose a Saint-Vin, y como debía regresar al día siguiente, el burgomaestre Schaeven lo invitó a su mesa. De Périgny aceptó, pero pidiéndole que no hiciera las pantagruélicas locuras acostumbradas por allí en tales circunstancias, porque él era de poco comer. —Bastará con un plato de carne... «¡in baikó», no mucho, en suma... dijo el subprefecto mezclando el valón con el francés. Y al marcharse repitió con firmeza:—Va lo sabe usted, señor burgomaestre, «¡in baikó» y despedido, pero lo que importa es que tenga las orejas suficientes para escuchar el significado de aquellas palabrotes pero indolentemente porque en Amel nadie sabía sino el alemán. Por último se acordó de Gil, nativo de Valonia, y corrió a consultarlo. —«No es posible!»—dijo Gil.—El subprefecto no ha debido pedirle semejante cosa! —«Bien claro me lo ha dicho y repeticiones!»—«¡Nin baikó!»—afirmó el burgomaestre. —«¡Es extraordinario!... Pero, pensándolo mejor, puede que tenga usted razón, porque Y. de Périgny es picardo y en Picardía abundan los barros!» —«No diga tal del señor subprefecto! exclamó Herr Schaeven!» —«¡Dios me libre de tratarlo de barros!»—replicó Gil, que parecía caer de juicio, y perdió lo que ganara permitiendo, en sus arrebatos, declarar que sus administrados eran los

mente largas para el «nin baikó». Lo daré por seis coronas.

El cándido burgomaestre lo dejó en cinco, el asno fué sacrificado y al día siguiente se aderezaron las orejas según la receta de Gil.

—Mucho me ha costado procurarme su plato favorito, señor subprefecto!—dijo el burgomaestre a M. de Périgny, sorprendido, pues no se conocía mayores preferencias gastronómicas. Pero, sentémonos a la mesa, que ya es hora.

Herr Schaepen tuvo que levantarse varias veces, llamado por la cocinera. La tercera o cuarta vez, el burgomaestre, Duy afligido explicó:

—Habrá que tener un poco de paciencia, señor: no quieren acabar de cocerse.

—No importa, no importa,—dijo benévolamente el funcionario echándose al colete una copa de Mosela cosechado en el Luxemburgo...

Cuando apareció, por fin, el extraordinario manjar y el subprefecto hubo tratado en vano de hincarle el diente.

—Pero ¿qué demonios es esto?—preguntó escamado.

—Lo habrán preparado mal, ¡pero es lo que usted me ha pedido, señor subprefecto?

—¡Yo no he pedido semejante cosa! ¿De qué animal o de qué zapato son estos horribles pellejos?...

—Es lo que el señor subprefecto prefiere: ¡orejas de asno! ¡Soy incapaz de darle una cosa por otra!

M. de Périgny comenzó por creer que Schaepen había perdido el juicio; luego, viendo su espanto, se echó a reír; después, cuando le dijeron lo ocurrido, se puso furioso y mandó que le llevaran a Pafflard, para interrogarlo y castigarlo.

—Señor subprefecto—declaró Gil con cazorra humildad:—justo es que si nosotros debemos alimentarnos con cardo asnal, ofrezcamos a Vuestra Señoría lo mejor que tenemos: un par de orejas de burro.

M. de Périgny comprendió, se rió y perdonó.

TRAD. DE R. J. P.